

DEBATE

El discurso del imperialismo romano: hoy como ayer

Gregorio HINOJO ANDRES

Los acontecimientos de los últimos meses, las declaraciones engañosas de los líderes de muchos países, incluido el nuestro, los argumentos especiosos para justificar la conquista de Irak y los móviles secretos, nunca confesados, de la guerra me han recordado expresiones y consignas del discurso del imperialismo romano; por ello me ha parecido útil y fecundo recordar los componentes y tópicos de aquel discurso. Ya el filósofo Ortega y Gasset afirmaba, con una brillante intuición, que quien conoce la historia de Roma conoce la historia de todos los pueblos; retomando su idea y adaptándola a nuestros días, podríamos afirmar que quien conoce el imperialismo romano y su desarrollo puede conocer todos los imperialismos; la historia continúa, todavía, siendo *magistra vitae*. Pretendo, con todo, no caer en groseros anacronismos ni proyectar mecánicamente sobre nuestra época ideas y hechos muy antiguos y muy alejados de nuestras circunstancias.

El término 'discurso' se ha empleado en los últimos lustros con numerosas y variadas acepciones; por ello me parece necesario precisar el sentido con el que aquí se utiliza. No lo entiendo con un valor restringido y técnico, como 'discurso formal', más o menos retórico, pronunciado ante un parlamento, una asamblea o un grupo de oyentes en unas condiciones determinadas y en un clima oratorio. No quiere decir que los enunciados pronunciados en contexto oratorio y en discursos retóricos no sean también 'discurso político', pero éste no se reduce sólo a ellos.

Aquí lo interpreto como "el conjunto de enunciados que se producen en una sociedad determinada con el ánimo de influir en los destinatarios", y entiendo por "discurso del imperialismo romano", todo el conjunto de formulaciones y enunciados que se expresaron para defender y justificar la expansión militar de Roma y su dominio del universo conocido.

Tras explicar el sentido y el significado con el que se emplea el término 'discurso', voy a comentar brevemente en qué consiste el imperialismo romano. Para ello parece necesario, especialmente pensando en los no iniciados o en los que han olvidado la historia de Roma, explicar cómo se formó y organizó el imperio romano.

Roma era una pequeña comunidad de campesinos fundada en el siglo VIII antes de nuestra era, cerca del Tíber, que controlaba unas salinas, y progresivamente fue imponiéndose a los

pueblos vecinos, algunos más avanzados cultural, política y económicamente que ella, por su disciplina, su austeridad y su fuerza militar, hasta conquistar toda Italia y posteriormente extender su dominio a las actuales Francia, Alemania, España, Portugal, Norte de África, Próximo Oriente, Grecia, Rumania, es decir, prácticamente al universo conocido; a los países que no formaban el imperio, los mantenía vinculados por tratados y alianzas favorables a sus intereses; estos aliados le servían como barrera o control de los pueblos limítrofes y le permitían, como veremos, atacarlos con el pretexto de proteger o defender a sus socios.

Aunque se trataba de un imperio en sentido estricto, los ciudadanos y la clase dirigente de Roma no siempre pretendieron la anexión y el dominio de los distintos territorios, sino que preferían alianzas, tratados, relaciones de diversos tipos; con ellas buscaban controlar y asegurar su comercio y su desarrollo y progreso sin riesgos ni peligros exteriores; precisamente procuraron intencionadamente mantener a los distintos pueblos con estatutos políticos y jurídicos diferentes para que nunca se unieran, acordes con el principio "divide y vencerás". Contra lo que se ha afirmado con frecuencia, los romanos no siempre querían anexionarse los pueblos o estados con los que tuvieron relación y, en ocasiones, preferían las alianzas y los pactos que les resultaban menos costosos y les permitían con menor esfuerzo y riesgo, incrementar la esfera de su dominio. Los que respetaban sus pactos y sus ideales, eran sus aliados, los que se enfrentaban, eran considerados enemigos y su territorio era conquistado y convertido en provincia romana o destruido.

Por 'imperialismo romano' se entiende el deseo desmedido de los ciudadanos de Roma o, mejor dicho, de la clase dirigente romana por extender su dominio y por controlar de alguna forma el universo conocido, el *orbis terrarum*. Para justificar este afán y este deseo de expansión elaboraron una doctrina y una filosofía compleja y bien estructurada, que podemos llamar el "discurso del imperialismo romano". Este discurso, dirigido a ciudadanos de países y pueblos muy diversos y de culturas y mentalidades diferentes, requería una complejidad y elaboración muy estudiadas y debía integrar elementos de índole distinta, no sólo léxicos y políticos, sino también religiosos, míticos, antropológicos y culturales.

A la hora de exponer el discurso del imperia-

lismo romano se debe distinguir entre lo que nos han transmitido las fuentes y los autores antiguos y las interpretaciones o motivaciones que le asignan al imperialismo los investigadores modernos; éstos con frecuencia proyectan sobre aquél categorías y principios actuales, algunos claramente inadecuados y anacrónicos. En esta ocasión, para exponer el discurso del imperialismo romano se examinarán con detalle los testimonios de los escritores antiguos. Para ellos uno de los elementos esenciales del discurso imperialista era la autodefensa, lo que se ha llamado "el imperialismo defensivo".

EL IMPERIALISMO DEFENSIVO

Los romanos siempre emplearon como argumento último de las guerras de expansión y de conquista, la defensa de su seguridad y la de sus aliados, el peligro de los ataques de los pueblos o naciones del entorno próximo o remoto; según su teoría, su discurso, sería el miedo o el temor a posibles ataques y la defensa de su seguridad nacional los que les impulsaron a declarar las guerras, incluso las muy alejadas de Roma. Consideraron las guerras como defensa propia y procuraban dar la impresión de que tomaban la decisión de realizarlas más por la presión y el miedo que por el afán de extender su imperio y su poder.

Debo aclarar que no es el momento de discutir si este temor estaba fundado o no, si era una coartada o un pretexto para declarar la guerra y ocultar otras razones más profundas o más inconfesables. Los investigadores modernos han discutido profusamente sobre las causas del imperialismo romano y, con frecuencia, han proyectado sobre él sus concepciones políticas; así los partidarios y defensores de imperialismo y del neoimperialismo de los siglos XIX y XX, han pretendido justificarlo, mientras que los detractores del imperialismo moderno, han censurado el romano y lo han explicado por razones económicas y por afán de difundir y extender su poder y su imperio. Es evidente, sin entrar en esta polémica que no nos ocupa en este momento, que resulta muy difícil de justificar una guerra defensiva de Roma en Egipto, en Alemania, en Inglaterra, incluso, en *Hispania*, especialmente si atendemos a la lentitud de las comunicaciones en el mundo antiguo y a las dificultades de los traslados de tropas y de materiales. En este trabajo sólo se busca exponer el discurso que elaboraron los romanos.

Hay dos textos de Cicerón en su obra *De republica* que me parecen plenamente ilustradores sobre esta materia; el primero lo conocemos por una cita de Agustín de Hipona:

"Sé que Cicerón en su tercer libro *Sobre la república* afirma que ninguna guerra es declarada por nuestro estado más que la iniciada por lealtad a los aliados o por la seguridad". (Agustín, *La Ciudad de Dios* XXII, 6)¹.

"Más nuestro pueblo defendiendo a sus aliados ha logrado apoderarse ya de toda la tierra". (Cicerón, *De Republica* III, 35)².

Ambos son complementarios y encierran la misma idea. En el primero observamos que es la seguridad nacional, la defensa, la integridad, la que justifica las guerras, y es un motivo, una causa justa para declararlas; a la seguridad se une, en segundo lugar, la *fides*, la lealtad a los aliados que se aclarará posteriormente en el texto siguiente, "nuestro pueblo defendiendo a sus aliados ha logrado apoderarse del universo". Estas palabras son muy elocuentes y no precisan de ningún comentario

Descubrimos así cómo las alianzas con los socios, su defensa y el pretexto de protegerlos les permitieron iniciar guerras de distinto tipo y mantener tropas en estado de alerta para responder a los posibles ataques. La alianza con Sagunto les permitió intervenir en *Hispania*, territorio entonces muy atractivo por la riqueza de minerales de distinto tipo, especialmente oro y plata.

Para que no haya dudas, otro texto del *De officiis* nos aclara que la idea de proteger y ayudar a los aliados fue el único motor de la expansión imperial romana:

"Pero nuestros magistrados y generales deseaban obtener el máximo prestigio únicamente por esta actividad, por haber defendido a nuestros aliados con justicia y con lealtad. Por ello, más que 'imperio' debería designarse como 'patrocinio del orbe de la tierra'. (Cicerón, *De los deberes* II, 26)³.

El término *imperium*, muy vinculado al poder y a las actividades militares, prefieren intercambiarlo por el de *patrocinium* dotado de connotaciones mucho más positivas. Posteriormente volveré sobre la utilización y deformación de las palabras.

Este interés por mostrar que los romanos sólo iniciaban guerras defensivas y para protegerse y defender a sus aliados, se detecta en todas las ocasiones y siempre buscan un pretexto para declarar la guerra; en muchas de ellas el pretexto es muy débil porque se trata de territorios alejados o de pueblos muy débiles o muy derrotados. Cuando se inicia la conquista de Grecia se dan cuenta, además, de que estas argumentaciones y motivos deben propagarse y difundirse también en el exterior. Ya en el siglo III antes de nuestra era descubrieron que debían formular este discurso para los griegos y los pueblos extranjeros. Los embajadores romanos que fueron a parlamentar con la reina Teuta en Iliria le dijeron:

"Los romanos tienen la buena costumbre de unirse para castigar las injusticias contra los individuos y ayudar a las víctimas de la injusticia". (Polibio II, 8, 10).

El discurso, como otros muchos de la historiografía romana, puede ser ficticio o reelaborado por Fabio Píctor, pero lo que es indudable que Roma

² *Noster autem populus sociis defendendis iam omnium terrarum potitus est* (Cic., *de rep.* III, 35).

³ *Nostrum autem magistratus imperatoresque ex hac una re maximam laudem capere studebant, si provincias, si socios aequitate et fide defendissent. Itaque illud patrocinium orbis terrae verius quam imperium poterat nominari* (Cic. *Offi.* II, 26).

¹ *Scio in libro Ciceronis tertio, nisi fallor, de republica disputari, nullum bellum suscipi a civitate nisi pro fide aut pro salute* (Aug. *C. D.* XXII, 6).

CAMPAÑA DE PENSIONES 2003



winterthur

ASOCIACIÓN JUECES PARA LA DEMOCRACIA

Los Planes de Pensiones de *Winterthur*, gestora recomendada por *Guardia e Yñigo*, le garantizan más ventajas para obtener el máximo rendimiento de su dinero.

Un Plan Personal:
Cinco Planes de Pensiones
que se adaptan
a cualquier perfil del partícipe.

Nuestra
**especialización en el
ámbito financiero-fiscal:**
Queremos ser los asesores
de sus sistemas
de previsión y de ahorro.

Rentabilidad:
Por encima de
la rentabilidad media
de cada agrupación.

Y SI HACE AHORA SU APORTACIÓN O TRASPASA OTROS PLANES QUE TENGA CONTRATADOS...

1. Le regalamos el 3% de la aportación (180,30 € por 6.010,12 €), siendo requisitos indispensables ser nuevo partícipe y menor de sesenta años, y
2. Le regalamos hasta el 1,5% de los derechos traspasados (hasta 90,15 € por 6.010,12 €).
3. Además, Winterthur también premia las aportaciones y traspasos realizados antes de finalizar el año, con unos regalos pensados exclusivamente para la ocasión, transformando así su Plan de Pensiones en un fantástico regalo de Navidad.

ES EL MEJOR MOMENTO

Llame ahora. Le informaremos.

De los cinco Planes de Pensiones de Winterthur: de la composición de sus inversiones y de su rentabilidad.
De nuestra recomendación profesional sobre la diversificación de sus derechos consolidados.
De los extraordinarios regalos: de cómo y cuando los recibirá.

Esta propuesta es extensiva a todas las personas de su entorno.

I n f o r m a c i ó n

91 359.32.76
e-mail: juancguardia@telefonica.net

91 350.65.01

902 361.497
comercial.gey@telefonica.net

en este período mandó legados y embajadores a distintas ciudades para defender la política romana y sus campañas militares, para justificarla y para atraer las voluntades de los griegos especialmente; esto lo documenta Polibio y cita varias ciudades a las que remitieron legados. Fabio Píctor ya había adelantado en sus escritos que era necesaria no sólo la declaración formal de guerra y el cumplimiento de todos los requisitos, sino que apuntaba también los mismos argumentos que Cicerón: la defensa y la salvaguardia de los aliados, así como el interés por cumplir con sus compromisos, por mantener la *fides* y su palabra, tanto con amigos como con enemigos.

Esta propaganda se inició ya en el siglo III, especialmente cuando deben conquistar Grecia, un territorio culturalmente superior y con doctrinas morales y filosóficas avanzadas; para los griegos también eran justas y defendibles las guerras que se iniciaban como autodefensa o por fidelidad a los aliados. Los romanos, y lo testimonia Polibio, escritor griego adaptado en Roma, procuraban no aparecer como agresores, sino que daban a entender que iban a la guerra forzados y contra su voluntad, por defender a los aliados; éste fue el pretexto de la primera guerra púnica, defender a los mamertinos, y en la segunda, a los habitantes de Sagunto. Roma ofrece en la primera guerra púnica un ejemplo y un modelo para poder participar en los conflictos lejanos o ajenos: aceptar la llamada de los mamertinos para poder atacar, si les interesaba, a Cartago; esto ya lo habían hecho con frecuencia en las guerras de Italia.

EL APOYO MITICO Y EL DESIGNIO DE LOS DIOS

Una componente importante del discurso del imperialismo romano era el origen divino de Roma, de sus fundadores, y que los dioses los habían predestinado para ser los forjadores del imperio y para imponer sus normas y sus leyes. Los dos textos que ofrecemos a continuación son de la época de Augusto, de Virgilio y de Tito Livio, pero el argumento y los hechos que ellos expresan de forma literaria y poética se remontan a siglos anteriores, cuando de verdad surge el imperialismo romano y su expansión. En efecto, tanto la leyenda troyana y la llegada de Eneas, descendiente de Venus, a Italia para fundar la ciudad de Roma como las leyendas de Rómulo y Remo, de carácter maravilloso y casi divino, habían surgido ya en los siglos III y II antes de nuestra era. Sin embargo, será Augusto, verdadero artífice de la organización del imperio y primer emperador, el que ordene a dos prestigiosos escritores de la época, el poeta Virgilio y el historiador Tito Livio, que redacten un poema épico nacional y una historia de Roma que expongan su origen sagrado y que muestren la protección divina y el designio de los dioses para que Roma sea la capital del mundo conocido.

El primer texto pertenece a la Eneida y se encuadra en el descenso de Eneas a los infiernos pa-

ra visitar a su padre Anquises, allí éste le profetiza la gloria futura de Roma, su misión y su deber universal y su obligación de cultivar la guerra y la política y dominar a los rebeldes e imponer las leyes universales:

“Tú, Romano, recuerda tu misión, regir a las naciones con tu imperio; éstas serán tus artes, imponer al mundo las condiciones de la paz, perdonar a los vencidos y doblegar a los soberbios”. (Virgilio, *Eneida* VI, 851-53)⁴.

Frente a la misión de otros pueblos, especialmente los griegos, que deben cultivar las artes, las letras, la oratoria y las ciencias, los romanos deben imponer y extender su imperio, su poder, y también dictar las leyes de la paz y doblegar a los soberbios. Todo el pasaje de Anquises tiene el aspecto y el aire de una sanción divina.

Artes es una expresión de carácter general para designar los propósitos, las finalidades, los objetivos. También el término *mores* debe interpretarse con el valor de “ley” o norma, los romanos deben imponer las normas internacionales de la paz y dictar la manera de interpretarlas; esto les daba el derecho de castigar a los que no las cumplían. Sin ánimo de enunciar comparaciones actuales, a nadie se le escapa cómo estas ideas tienen vigencia y todos sabemos quién decide la guerra, su legalidad, las armas que se pueden tener y manejar, el estatuto de los prisioneros, etc.

El segundo texto es el siguiente:

“Marcha y anuncia a los romanos que los dioses celestes quieren esto, que mi Roma sea la capital del universo terrestre y, por tanto, que cultiven las artes militares y que sepan, y así lo transmitan a sus descendientes, que ningún poder humano podrá vencer a los romanos”. (Tito Livio I, 16, 7)⁵.

Se trata de las palabras que Rómulo, fundador de la ciudad y primer rey, que tras su muerte se aparece en una solemne y sobrenatural epifanía, en una resurrección signo de su inmortalidad, le comunica al senador Próculo Julío para que las transmita a los romanos, desazonados y tristes por la pérdida de su Rey. Todo el contexto es divino, casi sagrado, y las palabras adquieren un valor profético por su aparición desde los cielos, con síntomas de haber sido incorporado a los dioses celestes. También tiene el mensaje un tono y un cariz de sanción sobrenatural.

Ambos textos quieren proporcionar una justificación de origen divino a la expansión romana, como si se tratara de un precepto sagrado, de un derecho inalienable otorgado por los dioses. También el mundo moderno, especialmente en la lucha reciente, se busca el apoyo o protección divina; todos recordamos a Bin Laden, a Sadan y a Bush invocando a sus dioses respectivos y presentándose como los depositarios de una bendición celeste; incluso recientemente se ha dicho por diversos mandata-

⁴“Tu regere imperio populos, Romane, memento, / Hae tibi erunt artes, pacique imponere morem / Parcere subiectis et debellare superbos” (Verg. *Aen* VI, 851-53)

⁵“abi, nuntia Romanis, caelestes ita uelle ut mea Roma caput orbis terrarum sit; proinde rem militarem colant sciantque et ita posteris tradant nullas opes humanas armis romanis uincere posse” (Liv. I, 16, 7)

rios políticos y religiosos que Europa debía mantener sus raíces cristianas y que un pueblo islámico no podía formar parte de la Unión Europea.

En ambos textos además se observa el interés por dignificar, magnificar y prestigiar el origen de Roma; es verdad que hoy ya no se recurre a relatos míticos ni se inventan leyendas para ennoblecer el origen divino o superior de los pueblos, pero sí observamos cómo se deforma la historia, cómo determinadas regiones o nacionalidades inventan o reinventan antecedentes y peculiaridades que nunca han tenido, renunciando a su verdadera historia para reelaborar una mucho más acorde con sus intereses políticos o con sus nuevas pretensiones.

EL SILENCIO SOBRE LOS MOVILES ECONOMICOS

En esta materia es absolutamente imprescindible distinguir entre los motivos reales del imperialismo romano y los argumentos y móviles que se exponen en el discurso transmitido y conservado. Las fuentes antiguas, especialmente los historiadores de la época, nunca hablan del botín y del lucro como elementos desencadenantes de la expansión y de las guerras. Parece lógico que los historiadores que escribían sus obras con afán propagandístico y para prestigiar la historia de Roma, ocultaran cuidadosamente los móviles menos confesables.

La realidad es muy distinta y sabemos por la historia que ingentes cantidades de tierra, miles de esclavos, minerales de todas clases, especialmente de oro y de plata, obras de arte, riquezas cuantiosas se obtuvieron como resultado de la conquista y afluyeron a Roma a partir del siglo III. Enumerarlas y evaluarlas alargaría esta disquisición y nos alejaría del tema de nuestra disertación. Lo que no parece admisible es negar que existiera ese afán mercantilista y económico porque las fuentes antiguas no nos hablan de ello. Esto se debe, como ya hemos apuntado, al interés propagandístico de las fuentes historiográficas; pero no son sólo las razones propagandísticas las que ocasionaron que no aparecieran los móviles económicos, también puede justificarse esta ausencia porque era algo tan evidente y natural que no era preciso formularlo de manera explícita.

Llama la atención que no sólo las fuentes romanas, sino tampoco Polibio, escritor griego romanizado, mencionen el móvil económico y mercantilista como inspirador de la expansión romana; probablemente el historiador griego no pudo completar su obra ni realizar la valoración y crítica de la actuación de Roma en su conquista.

Como sabemos que los ingresos tanto de tierras, como de esclavos, de minerales y de impuestos fueron extraordinarios, debemos deducir que hubo un acuerdo o un pacto para ocultar en el discurso imperialista romano los móviles económicos y mercantilistas. Hubo años en que los romanos sacaron de *Hispania* más de doscientas mil libras de plata, cada tres libras un kilo aproximadamente, es decir más de 60.000 mil kilos; también dicen las fuentes

que las minas próximas a Cartago Nova, la actual Cartagena, producían 25.000 dracmas diarias, unos 36,5 millones de sestercios, y esto no era más que uno de los ingresos de la península; al acabar la segunda guerra púnica impusieron a Cartago en concepto de indemnización una suma considerable, de forma que en los cincuenta años siguientes pagaron por este motivo 27.000 talentos, unos 648 millones de sestercios; tras el tratado de Apamea se obtuvo por este medio, 30 millones de sestercios anuales; eso sí, no era botín, era indemnización.

En los siglos posteriores, como se verá en el apartado siguiente, surgieron voces críticas dentro de la misma Roma que censuraron la *avaritia* y el afán desmedido de riqueza, pero era una etapa en que ya prácticamente había acabado la fase imperialista y no era necesario un discurso propagandístico y favorable. Tanto Salustio, como Cicerón y Tito Livio, pensaron que la *avaritia* era uno de los vicios de la sociedad romana, pero ésta había aparecido en una época posterior a la conquista, a finales del siglo II y en el I, cuando ya Roma había consolidado la mayor parte de su imperio; fue precisamente el auge de las riquezas, la molición y la ausencia de guerras externas las que propiciaron la decadencia moral de los romanos y, por ende, la aparición de la codicia y del deseo desenfrenado de dinero. Para estos autores los romanos de la época anterior, de la edad dorada, los móviles económicos no eran importantes ni decisivos, sino que buscaban la gloria, la alabanza, el prestigio social y el honor. Probablemente ellos fueron llevados a estas conclusiones porque las fuentes antiguas no mencionaban para nada los móviles económicos, por ello idealizaron a sus antepasados. Sin embargo, los móviles económicos existieron pero el discurso del imperialismo, en la etapa de expansión y propaganda, tuvo interés en ocultarlos, en no hablar de ellos. Esta misma tendencia se observa también, sin ninguna duda, en el mundo moderno; nadie afirma ni menciona, cuando se anuncia la guerra contra Irak, que se deba a la existencia de petróleo en la zona.

DISCURSO CRITICO

En Roma surgió, aunque con retraso, una opinión y una doctrina críticas contra el imperialismo. Es verdad que por ser más tardía ya no perjudicaba directamente los intereses y la propaganda romana ni corría el riesgo de ofender a los responsables directos de la expansión. Este pensamiento surge en ambientes diversos y es defendido por poetas, historiadores, filósofos y autores de diverso signo. Ya el poeta Lucrecio, epicúreo, lanza duros ataques contra la ambición, contra el deseo desmedido de honores y de cargos públicos, aunque no ataca directamente al imperialismo; también en Horacio se hallan invectivas y críticas del mismo signo y en Propertio y otros poetas augústeos, éstos ya con un claro ataque al imperialismo y al deseo desmedido de riqueza.

Probablemente el texto más duro y más virulento, en nuestra opinión, contra el imperialismo romano pertenece a Cornelio Tácito, un historiador del siglo primero de nuestra era. Pero Tácito no critica él directamente el imperialismo de sus conciudadanos, sino que utilizando un procedimiento retórico muy querido por la historiografía antigua pone en boca de Cálgaco, un caudillo de la resistencia británica, un antecesor de Tony Blair, una encendida arenga en la que lanza estas terribles acusaciones contra el afán desmedido del imperialismo romano:

“Depredadores del universo, cuando tras devastar todo el mundo les faltan ya tierras, escudriñan el mar; si el enemigo es rico, son avaros, si es pobre, jactanciosos; a ellos no les han logrado saciar ni el Oriente ni el Occidente; son los únicos que ambicionan con el mismo apasionamiento las riquezas y la pobreza. Al robar, asesinar, saquear lo llaman, con falaz designación, gobierno, y a la aniquilación, paz”. (Tácito, *Agrícola* 30, 5)⁶.

Se trata, como hemos dicho, del discurso de Cálgaco, jefe de los britanos. Antes de iniciar la batalla decisiva, arenga a los soldados y habla de la prepotencia de los romanos y de su ambición por dominar hasta los últimos confines, separados por un profundo mar. Hay que tener presente que para la visión de los antiguos, Inglaterra, la *Britannia* de los romanos, está en los límites del universo, separada del continente por un mar y por un estrecho peligroso; sin embargo, los romanos se lanzan con osadía y temeridad a conquistar esos extremos del universo conocido, tras haber agotado los territorios continentales.

Hay algunos términos que merecen un comentario detallado, incluso la traducción no logra reflejar la intensidad y la dureza del texto. Los llama *raptores*, ‘ladrones, devastadores, predadores’ del orbe entero; cuando les faltan territorios firmes, continentales, se arriesgan a surcar el mar por extender su dominio, no contentos con haber conquistado el oriente y el occidente. Con un brillante oxímoron nos indica cómo buscan con la misma excitación y delirio, la riqueza y, a la vez, la pobreza, ya que convierten en pobres a los que dominan y vencen. Lo más importante, con todo, es descubrir cómo el discurso imperialista ha logrado trastocar y deformar el verdadero significado de palabras nobles y prestigiosas, como ‘paz’ y ‘gobierno’, *falsis nominibus* ‘con designaciones engañosas’, ‘causar la destrucción y la ruina’, lo llaman ‘paz’ y ‘devastar y robar’ lo llaman ‘imperio’. Estas deformaciones nos ilustran sobre la naturaleza del discurso imperialista y nos muestran cómo pretendía con un lenguaje engañoso y fascinante dar una imagen distinta de lo que en realidad era.

En la mente de todos nosotros están cantidad de palabras deformadas en la actualidad y utilizadas con valores falsos y, con frecuencia, contrarios a su auténtico significado. También hoy *falsis nominibus* al ‘destruir y arrasar’ lo llaman ‘defensa de la libertad’, ‘protección de la democracia’ y a ‘los ejércitos invasores’, ‘tropas de ayuda humanitaria’. El discurso de Cálgaco, elaborado y transmitido por Tácito, tiene plena vigencia y actualidad.

⁶ ... raptores orbis, postquam cuncta vastantibus defuere terrae, mare scrutantur: si locuples hostis est, avari, si pauper, ambitiosi, quos non Oriens, non Occidens satiaverit: soli omnium opes atque inopiam pari adfectu concupiscunt. auferre trucidare rapere falsis nominibus imperium, atque ubi solitudinem faciunt, pacem appellant (Tac Agric. 30, 5)